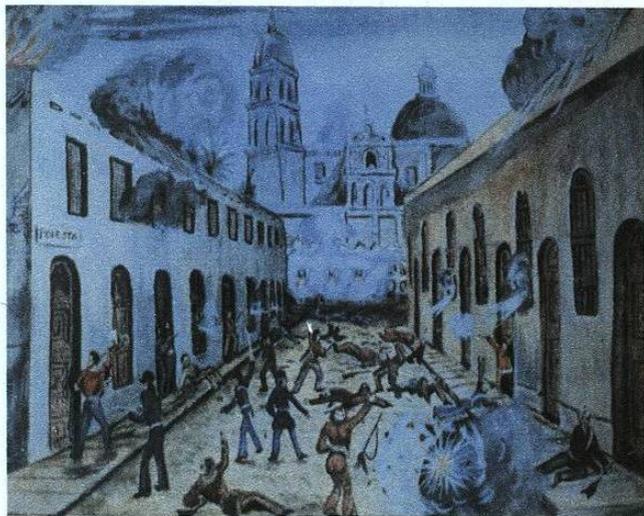


## SANGRE Y FUEGO EN LAS CALLES DE MONTERREY

La invasión de tropas estadounidenses.  
Septiembre 21 – 24 de 1846



F1391  
.M7  
M37  
2001

Raúl Martínez Salazar

SAN

F1391

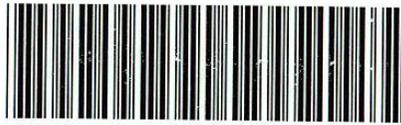
.M7

M37

2001

1012161

F1391  
.M7  
M37  
2001



1020154176



FONDO  
UNIVERSITARIO



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN**  
**Secretaría de Extensión y Cultura**  
**Centro de Información de Historia Regional**  
**Sangre y fuego en las calles de Monterrey**  
**De: Raúl Martínez Salazar.**

## SANGRE Y FUEGO EN LAS CALLES DE MONTERREY

Nunca hubo en Monterrey amanecer más inquietante que aquel del día 21 de septiembre cuando la ciudad se ve atacada en sus flancos por el ejército invasor. Días de desvelo causado por el constante movimiento de la tropa desde su concentración en la ciudad, la cercana amenaza del enemigo y la incertidumbre por la suerte del ser querido, habían vulnerado el espíritu de los habitantes que veían en ese gris amanecer el reflejo de su destino.

Aunque esta situación amenazante no era extraña para sus pobladores, ya que en su breve historia, la ciudad de Monterrey había enfrentado desde su fundación; ataques de los indios de la región, luego incidentes provocados por los movimientos políticos que se sucedían desde la independencia. Pero ahora era distinto, presentían que se enfrentaban a un enemigo poderoso, bien armado, motivados muchos de ellos en vengar las sangrientas ofensas inferidas por el general Antonio López de Santa Anna durante el movimiento independentista de Texas. ¡Remember the Álamo! fue el grito con el que se justificaba los abusos cometidos contra civiles indefensos durante su incursión por territorio mexicano y era también la sentencia de lo que se esperaba si los defensores fueran derrotados y la ciudad quedara a merced de los agresores.

F1831  
-47  
137  
200

El rugir de los cañones estadounidenses se escuchó por el noreste anunciando en la ciudad que el combate había comenzado, la respuesta fue inmediata por parte de los cañones de la Ciudadela estableciendo con el enemigo un diálogo de muerte.

Según testimonio del subteniente de artillería Manuel Balbontín, quien formaba parte de la defensa del Fortín de la Tenería, serían las siete de la mañana cuando las tropas agresoras comenzaron a organizar su ataque a este punto.<sup>2</sup> Los disparos de cañón habían alertado a la tropa mexicana de las intenciones del enemigo y la pequeña guarnición de apenas doscientos hombres observó con atención que de la Primera División y de la División de Campo de Voluntarios estacionadas frente a ellos a unos 1500 metros, se desprendían para avanzar la Primera y Tercera brigada de infantería, además del batallón de Baltimore al mando del teniente coronel John Garland quien tenía órdenes del general Taylor de tomar a bayoneta alguno de los fortines de ese sector.

<sup>2</sup> Balbontín, Manuel. *La invasión americana, 1846-1848*. Tip. De Gonzalo A. Estevo, 1883. p. 29



Imagen que ilustra el avance de las tropas estadounidense el día 21 de septiembre al oriente de la ciudad.

De esta forma inicio el ataque por el lado oriente de la ciudad. El trote de los soldados estadounidenses en dirección a los fortines mexicanos fue acompañado de un fuego tan mortífero que pronto, dejó grandes claros en las apretadas líneas de los atacantes.

Ante esta destructiva respuesta de los defensores, el general Taylor comprendió sin duda, que solo echando mano a todos sus recursos se podría aspirar a la victoria e inmediatamente ordeno se sumaran al ataque el Cuarto de Infantería; y la brigada del general John A. Quitman, compuesta de los rifleros

de Mississippi bajo el coronel Jefferson Davis y los voluntarios de Tennessee bajo el coronel William Bowen Campbell, el regimiento de Ohio de la brigada del General de brigada Thomas L. Hamer, el todo comandado por el general William Orlando Butler.

Pero nuevamente general Taylor se llevo una sorpresa, el avance de la tropa estadounidense fue duramente castigado, ya que el fuego de los cañones que protegía su avance resultó ineficaz por estar muy lejos del blanco.

La inesperada capacidad de respuesta de las armas mexicanas y las sensibles bajas sufridas sin aun poder ver la cara del enemigo, desconcertó a los atacantes que rompiendo fila en completo desorden buscaron protección en cualquier sitio que los guarneciera de la granizada de metralla y bombas que caía sobre ellos.

Impactantes testimonios recogidos por Thorpe sobre estos momentos angustiosos de la batalla nos ilustran el horror de la guerra y el precio que tuvieron que pagar aquellos que para la gloria de su ejército buscaban conquistar la ciudad de Monterrey:

“Las balas pasaban frecuentemente entre los oficiales y a través de las columnas sólidas de los hombres, matando e hiriendo a muchos. Entre los heridos mortalmente cayó el

teniente R. Dilworth, de la Primera de Infantería; la bala que llevó su pierna mató a muchos de los hombres a su alrededor. El viento que producían las balas y bombas que pasaban ventilaba continuamente sus rostros, y hombres y oficiales constantemente caían por doquier; pero nadie retrocedió. Una bala de cinco kilogramos y medio literalmente pasó por en medio de las filas cerradas del Regimiento de Tennessee, lanzando fragmentos de seres humanos al aire, y empapando a los vivos con su sangre. Tan terrible de hecho, era el fuego que los muertos y heridos yacían en pirámides.”<sup>3</sup>

En tanto por el lado mexicano, las dificultades en ese momento eran otras, lo improvisado del Fortín de la Tenería y la escasa guarnición, hacían necesario se multiplicara el esfuerzo para contener a los numerosos atacantes que los agobiaban. Viendo los estrategas mexicanos la necesidad de reforzar este punto enviaron en su auxilio al teniente coronel de infantería Joaquín Castro, al mando ciento cincuenta hombres del Tercero Ligero; y un pequeño cañón, al mando del subteniente de la primera brigada de artillería Agustín Espinosa.

El cañón y una parte de los soldados entraron al fortín, y el resto de la tropa se posiciono en la azotea de la Tenería.

<sup>3</sup> Thorpe, Thomas Bangs. *Our Army at Monterey*. Philadelphia, Pa.: Carey & Hart, 1847. pp. 50-51.

Ya en este momento el combate se torno intenso. La tenacidad de los atacantes solo era igualado por la voluntad de los patriotas que no reparaban en riesgos con tal de detener el avance de los agresores. En el clímax de la batalla, inesperadamente las tropas estadounidenses decidieron retirarse y en desorden se pusieron fuera del alcance del fuego mexicano. En la confusión algunos soldados no escucharon la orden o simplemente no pudieron salir de su refugio sin exponerse a ser abatidos por los mexicanos y optaron por permanecer ahí, situación que mas adelante les seria beneficiosa para su causa.

La retirada del enemigo fue celebrada con entusiasmo por la guarnición del fortín, se escucharon dianas y vítores sin embargo, - aclara Balbontín - la causa de la retirada del enemigo no era que hubieran renunciado a su empeño de tomar le fortín, sino el temor que en ellos causo la aparición de una fuerte columna de caballería que tenia ordenes de cargar contra los agresores, pero la orden no se cumplió cabalmente, solo cincuenta lanceros del Tercer Ligero de caballería al mando del Teniente Joaquín Miramón atacaron a los estadounidenses, ocasionándoles algunas pérdidas; pero protegidos éstos tras unas cercas, obligaron a retirarse a los lanceros.<sup>4</sup>

La frustrada carga de los lanceros reanimo la moral de los agresores y reorganizándose estos emprendieron un nuevo ataque a la Tenería. El combate nuevamente se intensifico,

<sup>4</sup> Balbontín, Manuel. P. 30-31.

empeñados en tomar ese primer obstáculo, algunos lograron acercarse peligrosamente por el frente solo para ser recibidos por el fuego de los cañones del fortín:

"Noventa hombres, recibieron el fuego concentrado, el cual derribó en un instante una tercera parte de su número, entre quienes estaban los tenientes, C. Hoskins y J. S. Woods, que murieron inmediatamente; el teniente R. H. Graham que estaba adelante de sus hombres alentándolos con la mano levantada, cayó, mortalmente herido"<sup>7</sup>

Pero a pesar del la valiente actitud de los defensores, la superioridad numérica de los atacantes ya causaba estragos en los pobres recursos con los que contaban los patriotas para enfrentar al enemigo, la natural fatiga causada por contener a los agresores, la escasez de municiones y la casi nula comunicación con el alto mando, fueron creando condiciones que hacían pensar en lo insostenible de ese punto.

El capitán Electus Backus y parte de su compañía quienes fueron de los que habían permanecido ocultos después de la retirada de los demás, tuvo la fortuna de descubrir la retaguardia del fortín, e inmediatamente abrió fuego sobre los soldados mexicanos quienes se ocupaban por contener a la obstinada tropas que los acosaban.

<sup>7</sup> Thorpe. p. 54.

Ante esta situación, con el fin de influir positivamente en el animo de la guarnición, el capitán del Tercero Ligero, Domingo Nava reunió unos cuarenta hombres y se dirigió con ellos hacia la abertura del fortín, ordenándoles cargar a bayoneta; pero ya para ese momento la moral de los soldados que defendían la Tenería se había derrumbado, valientemente habían resistido por horas las acometidas incesantes de los estadounidense, además los refuerzos que se había solicitado no llegaba, y la constante demanda de parque no fue atendida, por estas razones, ignoraron la orden y precipitadamente abandonaron el fortín.

Tras la retirada del grueso de los soldados, solo quedaron en el Fortín de la Tenería cinco individuos: el teniente de ingenieros Joaquín Colombres, un oficial de infantería de apellido Castelán, un soldado del Tercero Ligero y los subtenientes de artillería Agustín Espinosa y Manuel Balbontín.

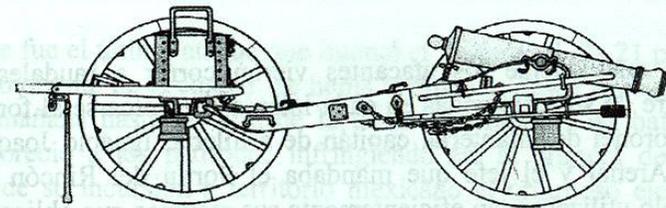
Además de los que quedaban en la azotea de la casa de la Tenería: el capitán del Tercero Ligero Juan Servín, el teniente del mismo cuerpo Ignacio Solache, el subteniente del Batallón de Querétaro Guillermo Moreda y algunos soldados.

Observando los estadounidenses que el fortín se hallaba desguarnecido, se lanzaron a tomarlo. Los del regimiento de Mississippi entraron por la abertura del fortín. El teniente coronel A. K. Mc Clung - según Torpe - atravesó la zanja de un brinco; con su espada en la mano y blandiéndola por encima

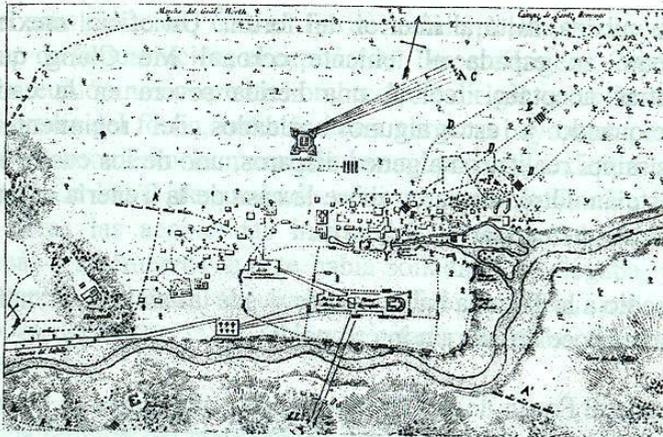
de su cabeza, saltó al interior del fortín.<sup>9</sup> Un oficial mexicano presentó su espada al teniente coronel Mc Clung quién, mientras aceptaba, recibió una herida severa en la cadera, reaccionando a esto algunos soldados del regimiento de Mississippi realizaron algunos disparos, uno de los cuales hirió a Castelán. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del capitán Juan Servín.

El asedio a la Tenería había durado desde las siete de la mañana hasta las doce del día sin interrupción.

Tomado el Fortín de la Tenería los estadounidenses se lanzaron inmediatamente sobre el Fortín del Diablo.



<sup>9</sup> Torpe. pp. 54-55.



Croquis que ilustra la defensa que se hizo de la ciudad el día 21 de septiembre ante la acometida del ejército estadounidense.

Pero nuevamente los atacantes vieron correr a raudales la sangre de sus camaradas en cada intento de acercarse al fortín. El coronel de infantería, capitán de artillería, Ignacio Joaquín del Arenal y el jefe que mandaba el Fortín del Rincón del Diablo utilizaron tan eficientemente sus recursos que obligaron después de tres frustradas arremetidas, a retroceder a los agresores.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> En este ataque el general William O. Butler, fue herido bajo la rodilla por lo cual ya no vio acción en las batallas que se libraron los siguientes días de Monterrey.

Mientras esto sucedía en el Rincón del Diablo, el general Garland, con el batallón de Baltimore y soldados regulares de diferentes regimientos, atacaron el Puente de la Purísima. Aquí se intensificó nuevamente la lucha se dice que: cuando agotadas todas las municiones, los soldados pidieron parque al general Mejía, este contestó que no se necesitaba parque mientras hubiera bayonetas. Esta valiente y oportuna respuesta estremeció el corazón de los soldados que girando su vista hacia el numeroso atacante, saltaron los parapetos, cargando con tanto ímpetu, que el regreso al fortín tuvieron que hacerlo sobre los cadáveres de los enemigos.

Los patriotas que se cubrieron de gloria en ese memorable batalla a las ordenes del general Mejía, fueron 300 hombres de Aguascalientes y Querétaro, mandados por el teniente coronel Ferro y comandante de batallón José María Herrera.

Este fue el último ataque que intentó el invasor, el día 21 por el lado oriente de la ciudad. Se había combatido desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. El saldo de las batallas favoreció a los patriotas, infringiendo así la primera derrota desde su incursión a territorio mexicano al orgulloso ejército estadounidense, que tuvo que retirarse a su campamento en el Bosque del Nogalar con un buen número de bajas en las que se encontraban numerosos oficiales.

Mientras tanto, ese mismo día por el lado poniente, el general Worth había movilizó su tropa a las 6 de la mañana, la vanguardia avanzó hacia el camino a Saltillo, buscando la ruta más segura que lo llevara a su objetivo inmediato que eran los Fortines de la Federación y el Soldado. No habían avanzado mucho, cuando fueron interceptados por la caballería mexicana. Los estadounidenses inmediatamente se posicionaron detrás de cualquier cosa que los pudieran proteger de la caballería que veían se lanzaban contra ellos, pero el valor no siempre es compensado con un buen resultado y un fuego asesino, hizo que muchos de esos valientes mexicanos cayeran muertos. No obstante, siguieron su carga vigorosa, el comandante del Regimiento de Guanajuato D. Mariano Moret, en medio de una lluvia de balas pretendió llegar hasta donde estaban atrincherados los estadounidenses, pero el resultado fue el mismo de la carga anterior, los 50 dragones que comandaba quedaron tendidos en el campo de batalla, bastaron quince minutos para que se decidiera ese combate a favor de los estadounidenses. la caballería se retiró del campo de batalla con sensibles bajas entre las que se contó la del comandante de los Lanceros Jalisco D. Juan Nájera

La retirada de la caballería mexicana dejó libre el camino a las tropas del general Worth que sin pérdida de tiempo emprendió la marcha que lo llevaría hasta cerca de la Loma Larga, desde donde planeó ese medio día los ataques a los fortines de la Federación y del Soldado.

La resistencia en esos fortines fue débil la escasa guarnición con la que contaba, no fue reforzada a tiempo siendo por esto presa fácil de los atacantes que para la tarde de ese día hicieron flotar su bandera sobre las cumbres conquistadas.

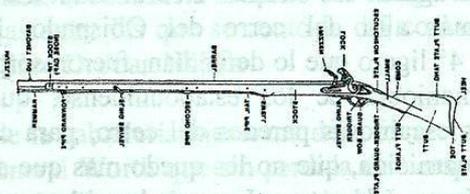
Al ocultarse el sol habían finalizado los encarnizados combates de ese día, las tropas mexicanas hasta ese momento contaban con un saldo de bajas a su favor. El general Worth más afortunado que el general Taylor, había salvado la situación para su ejército con la captura de los dos fortines mencionados y el bloqueo del camino a Saltillo, el camino más importante a Monterrey, aun sumando a esto la captura del Fortín de la Tenería, el resultado para el general Taylor fue adverso.

El día 22 ante la férrea defensa del oriente de la ciudad por el ejército mexicano, el General Taylor decidió concentrar su ataque por el oriente.

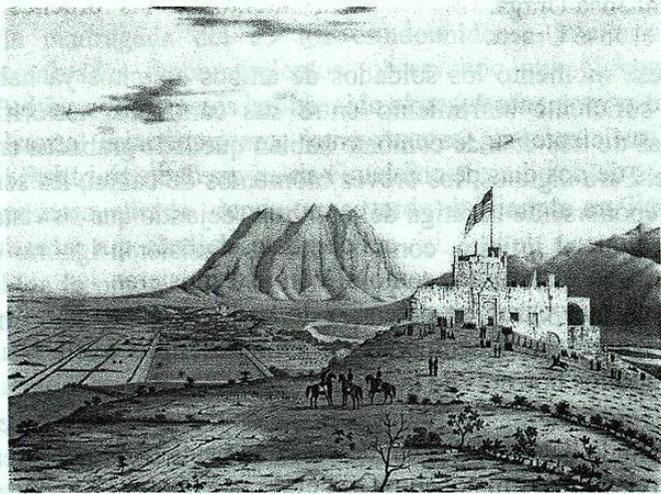
Por la madrugada las tropas Worth capturaron el pico occidental más alto del cerro del Obispado. Los sesenta hombres del 4º ligero que lo defendían, fueron sorprendidos por una hábil maniobra de los estadounidenses, que en sigilo escalaron las escabrosas paredes del cerro, para caer sobre la despistada guarnición, que no les quedó más que abandonar el parapeto en manos de estos. Los estadounidenses subieron un cañón hasta ese punto desde donde más tarde y a la misma vez

que el cañón del Fortín de la Federación (ahora en posesión de los estadounidenses) abrieron fuego sobre la parte trasera del Obispado que era defendido por el teniente coronel Francisco Berra con doscientos hombres y tres cañones que de nada le sirvieron, ya que estos estaban fijos y apuntando hacia otra dirección.

Precediendo al intenso bombardeo sobre el Obispado, tres columnas enemigas se lanzaron sobre el Fortín. Una parte de la guarnición salió a enfrentarlos y a pesar de la valiente actitud de estos, finalmente fueron arrollados por el empuje de los agresores. Eran las cuatro de la tarde cuando el Obispado fue rendido a los estadounidenses.



154178



Aspecto del Obispado tras su captura por el ejército estadounidense.

El resultado de las operaciones de ese día influyó extrañamente en el ánimo del general Ampudia que a las once de la noche, sin justificación aparente, ordeno abandonar los puntos defensivos que se conservaban en el norte, oriente y poniente replegando sus tropas hacia el centro de la ciudad (entre ellos el Fortín del Rincón del Diablo y el Puente de la Purísima y donde un día antes había sido abatidos los agresores).

Solo quedaron avanzados al poniente y en las avenidas que iban al cerro del Obispado, ciento cincuenta hombres y en la

Ciudadela una guarnición de quinientos a las ordenes del coronel José Uraga.

Para ese momento los soldados de ambos ejércitos ya habían visto suficiente sufrimiento entre sus camarada, terroríficas escenas de dos días de combate habían quedado grabadas en su mente. Para algunos, los breves momentos de calma, les servía para reponerse de la fatiga del combate, dejando que su vista se perdiera en el infinito, como si con eso quisieran ignorar que estaban aquí. Otros en descargo de su alma, como el soldado Wyn Koop, del Regimiento de Ohio escribió a su familia relatando los horrores de la guerra.

“Durante la batalla del segundo día, una bandera de parlamento fue enviada a los mexicanos, pidiendo unas horas para enterrar los cadáveres que sembraban el campo, en espantosos montones. Se rehusó la petición y los muertos y heridos quedaron donde cayeron, bajo los rayos de un sol quemante, hasta que terminó la batalla. Era casi imposible para nuestros hombres soportar el hedor, mientras hacinaban en sucios montones a los pobres compañeros caídos. Los cadáveres estaban tan negros como carbones. Durante la noche, muchos habían sido despojados de sus ropas por los mexicanos. Varios de los heridos el primer día se arrastraban en las acequias y en los agujeros, para evitar las balas que como granizo llovían sobre el campo, hasta que, exhaustos por la pérdida de la sangre, quedaban incapacitados para seguir arrastrándose o para

hacer señales de socorro.”<sup>11</sup>

En la madrugada del 23 los estadounidenses iniciaron sus acostumbrados reconocimientos, observando que algunos de los Fortines y parapetos habían sido abandonados por las tropas mexicanas, inmediatamente los ocuparon. Instalaron artillería en el Fortín del la Tenería, en el del Rincón del Diablo y en el camposanto, desde donde mas tarde iniciarían un intenso bombardeo a la ciudad.

Ahora los defensores estaban restringido a una área muy reducida, aprovechando esto, los agresores avanzaron por el poniente y oriente, poniendo fuera de combate a la escasa tropa que trato de cerrarles el paso, nada les impidió llegar hasta a una cuadra de la plaza Principal. Aquí la lucha en las calles se volvió cruenta, la artillería de ambos lados rastreaba las calles, la pelea era cuerpo a cuerpo. El humo de los cañones se teñía de rojo con la sangre de aquellos que buscaban conquistar para su causa la gloria de la victoria.

<sup>11</sup> Livermore, Abiel Abott. *Revisión de la Guerra entre México y los Estados Unidos. Trad., prologo y notas por Francisco Castillo Najera. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1948. pp.118-119.*

Ya en este momento no solo la sangre de los soldados en pugna corría por las calles, los agresores tratando de cubrirse de las balas que desde las azoteas les disparaban los patriotas, penetraban por la fuerza a las casas que se encontraban a su paso, las familias que ahí se encontraban, aterrorizadas salían de sus hogares, solo para encontrar la muerte en la lluvia de fuego que caía sobre las calles de Monterrey.

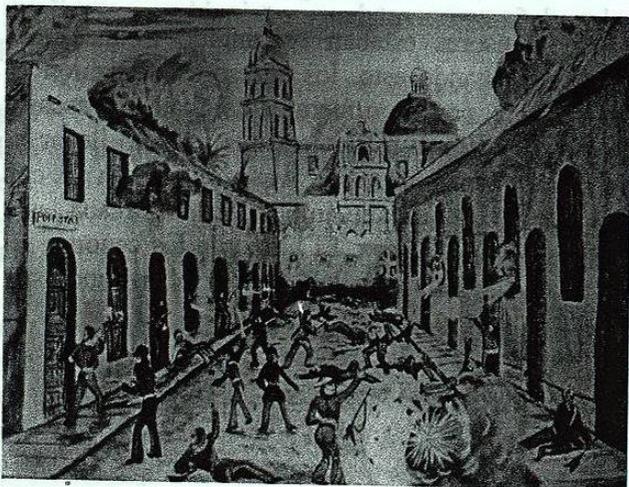


Imagen que representa la batalla del día 23 en las calles de Monterrey.

Esta estremecedora escena motivo que el gobernador de Nuevo León, el Lic. Francisco de Paula Morales, enviara una bandera de tregua al General Taylor, junto con el mensaje a continuación:

Don Francisco de P. Morales, Gobernador de Nuevo León,

Al General Mayor Taylor.

Monterrey, 23 de Septiembre, 8:00 a.m.

Dado que usted está resuelto a ocupar el lugar por la fuerza de las armas, y el general en jefe mexicano está resuelto a defenderlo a toda costa, como requiere su honor y deber, miles de víctimas quienes, por indignancia y falta de medios, ahora se encuentran en el escenario de la guerra, y quienes serían inútilmente sacrificados, reclaman los derechos que extiende la humanidad en todos los tiempos y en todos los países. Como gobernador del estado, y un representante legítimo del pueblo; le expongo su caso, y espero, por su civilización y refinamiento, que cualquiera que sea el resultado del actual conflicto, emita órdenes para que las familias sean respetadas, o les otorgue un tiempo razonable para que salgan de la capital. Tengo el honor de saludarlo, general en jefe del ejército de ocupación de Estados Unidos, y de asegurarle de mi más alta consideración. Dios y Libertad.

FRANCISCO DE P. MORALES